

«Ahora nuestro embajador del dolor se ha muerto,
y el infortunio nos cubre como una náusea de desolación.»



Camarón de la Isla
(Foto: Michel Dieuzaide)

los dientes y los puños, se abrazó a ella para conmoverla y la besó en la boca para convertirla en una amante sombría y acongojada. Cada cante de Camarón fue un beso del artista en la boca de la desgracia. Por entre la saliva de ese beso horroroso y maravilloso se derramaba su cante flamenco, horroroso y maravilloso. Lo escuchábamos horrorizados y maravillados. Mientras oíamos esos cantes éramos momentáneamente inmortales. Camarón decía su palabra rompiéndose, y esa fractura estañaba las nuestras. Su desconsuelo era consolador. Su desesperación apaciguaba. La infinita tristeza de su voz ponía en nuestros silencios la reparación del sosiego. Alguien, Camarón de la Isla, sufría por nosotros, y esa generosidad nos liberaba de nuestro infortunio. Ahora nuestro embajador del dolor se ha muerto, y el infortunio nos cubre como una náusea de desolación. Nos hemos quedado un poco más solos de cuanto siempre lo estuvimos, con unas cuantas grabaciones entre nuestras manos absortas. Y con una pena tan irreparable como es irreparable nuestra gratitud: sabemos que nuestra orfandad siempre estará desbaratada por el honor de la memoria. Cada vez que lo recordemos volveremos a ser inmortales. Camarón ha muerto y no ha muerto.

★

Nuestro embajador del dolor. Es verdad: él era uno de nuestros embajadores del dolor. Cantó con un dolor tan generoso (qué esencial generosidad la del conocimiento del dolor convertido en obras de arte) que su cante se iba constituyendo en un abecedario con el que deletrear nuestros propios pesares. Normalmente, el sufrimiento es una brutalidad que nos desprecia y nos vuelve la espalda para que nuestras heridas tengan incluso la pus de ser indescifrables. Pero de pronto una obra de arte se enfrenta a la desventura, le llama la atención, la agarra por el hombro y la obliga a volver la cara, a dar la cara. Y entonces, con la ayuda de una obra de arte, podemos ya deletrearle a nuestra desventura sus sílabas umbrías, y nuestra identidad se va haciendo más clara. No menos dolorosa, pero sí más diáfana: y dejamos de ser los esclavos de nuestra desventura para empezar a ser sus herederos. El dolor ilegible nos empobrece. El dolor descifrado, deletreado, se constituye en nuestra herencia. El dolor ilegible, altanero, nos emborrona nuestra intimidad. El dolor transformado en expresión convierte a nuestra intimidad en una cuenta corriente de emociones y de lenguaje. El dolor altanero nos deja solos como las piedras. El dolor convertido en lenguaje transfigura a nuestra soledad en un asunto compartido. Cuando tenemos hambre de pan podemos compartir un pedazo de pan. Cuando tenemos hambre de consuelo podemos compartir nuestro dolor, si antes hemos tenido la fortuna de aprender a deletrear el diccionario del dolor. Esa fortuna nos aguarda en las obras de arte. Por eso el artista Camarón de la Isla, que nos hablaba con dolor y casi siempre del dolor, apaciguaba a nuestra intimidad. No nos anestesiaba: nos apaciguaba... porque nos descifraba. Sacaba su conocimiento de lo más profundo de su alma y con ello nos ayudaba a conocer lo más profundo de la nuestra. Podía ocurrir, naturalmente, que